

les á anunciar la sentencia de muerte á un criminal, escucharle, consolarle, y tener durante días enteros el alma traspasada con unas escenas que rasgan las entrañas? Hemos visto en todos estos actos de caridad caer á raudales el sudor de la frente de los compasivos religiosos, y bañar la capucha siempre sagrada, á despecho de los sarcasmos de la filosofía; y sin embargo, ¿qué honor, qué utilidad resultaba á los frailes de tantos sacrificios, sino la burla del mundo, y las injurias de los mismos reos á quienes consolaban? Pero al menos los hombres, por ingratos que sean, habian confesado su nulidad en estos grandes contratiempos de la vida, pues que los habian abandonado á la religión, único y verdadero puerto en el último término del infortunio. ¡Oh apóstoles de Jesucristo, de cuantas catástrofes no habeis sido testigos, vosotros que al lado del verdugo no temeis salpicaros con la sangre de los infelices para prestarles el último apoyo! Este es uno de los más sublimes espectáculos de la tierra: en los dos extremos del cadalso, véense la una en presencia de la otra las dos justicias, la justicia humana y la justicia divina: la una implacable, y apoyada en la espada, tiene á su lado la desesperación: la otra cubierta con un velo empapado en llanto, muéstrase rodeada de la esperanza y de la piedad: el ministro de la una es un hombre de sangre, el de la otra un hombre de paz: el uno condena, el otro absuelve: inocente ó culpable el primero dice á la víctima: ¡Muere! El segundo le grita: «Hijo de la inocencia ó del arrepentimiento, *sube al cielo.*»



EL ALABADO

Según y como lo cantaba á los campesinos
el V. P. Margil.

Sea alabado y ensalsado
El divino Sacramento
En quien Dios oculto asiste
De las almas el sustento.

Y la limpia Concepción
De la Reina de los cielos,
Que, quedando Virgen pura,
Es Madre del Verbo eterno.

Y el glorioso San José
Electo por Dios inmenso
Para padre estimativo
De su Hijo, el divino Verbo.

Y esto por todos los siglos
Y de los siglos. Amén.
Amén Jesús y María;
Jesús María y José.

¡Oh dulcísimo Jesús!
Yo te doy mi corazón,
Para que estampes en él
Tu santísima pasión.

¡Madre llena de dolor!
Haced que cuando expiremos
Nuestras almas entreguemos
Por tus manos al Señor.

Quien á Dios quiere seguir
Y á su gloria quiera entrar,
Una cosa ha de asentar
Y de corazón decir:
«Morir, antes que pecar;
Antes que pecar, morir.»